

Murmullos*



FRANCESCO PERMUNIAN

(Selección y traducción de Fabrizio Cossalter)

Viento entre las cañas de la ciénaga, confuso chirriar de días olvidados.

Voces insistentes y furtivas que llegan cuando menos te lo esperas. Y se van cuando más deseas su compañía, ay, el inabarcable murmullo de los muertos...

Nadie oía esas palabras, que provenían de derrotados ejércitos en la noche. Todos fingían no oírlas.

Aún hoy la comedia continúa según un ceremonial perfecto.

Cada vez más a menudo, me las doy de eremita de una religión –la de las memorias familiares– de la que soy el único fiel y el único sacerdote: ¡la arrogancia de los solitarios no conoce límites!

Será porque cada noche, en cuanto cierro los ojos, me viene a la mente el sonido desgarrador del acordeón de Maseneta.



Aire helado y fuerte viento de tramontana. Del mar en tormenta, desde hace horas me llega al oído, incesante e impetuoso, el lamento de los niños que nunca nacieron.

Ola tras ola, en las playas de Polesine.

Se parece a un coro de ángeles que sube del infierno para traerme un lejano sonido de cornamusas.

Con estas gafas veo bien lo que estoy escribiendo en la hoja, pero no distingo nada a mi alrededor. Éste es mi problema. Veo el papel, pero ya no reconozco la vida.

¿Para qué sirve, entonces, embadurnar los días con estúpidas lamentaciones? Es tiempo perdido, no vale la pena terminar como una vieja mojigata que cree que Dios le debe algo.

Déjalo. Déjate vivir, me repito, obstinado.

Y, finalmente, con un hilo de voz: ¡Ánimo, suénate la nariz, vive!



Paseo vespertino por la colina.

De las ramas de los árboles colgaban costales llenos de ratas; sus chillidos llenaban el bosque. Una vez de regreso, oímos su eco durante toda la noche.

El recuerdo de esa excursión todavía me ensucia la memoria.

Aquí, en esta casa, hay un muro que conserva intacto el calor de tu cuerpo.

En efecto, hace muchos años –¿te acuerdas?– te habías apoyado distraídamente allí, en esa pared, pocos instantes antes de decirme adiós para siempre.

Los días de febrero, tan llenos de viento y de luz que parecen una anticipación de la primavera.

Al mediodía un rayo de sol me ha golpeado de pleno en el rostro. Pero enseguida se ha retraído, asustado por el hielo de mi mirada.



Ciertas noches de invierno, mientras estoy regresando a casa en el mismo tren atestado, tengo la impresión de percibir a mi espalda una sombra que me cuchichea al oído. La respiración de alguien que me pregunta, con una voz cada vez más apagada: ¿Pero a dónde va este tren de evacuados que corre a oscuras? ¿Por qué no intentas salvarte al menos tú, tirándote mientras estás a tiempo?

Y yo siempre allí, con la boca cosida. Todo tembloroso e incapaz de darme la vuelta para articular un atisbo de respuesta. ●

* De *La polvere dell'infanzia e altri affanni di gioventù / Frammenti di un fotoromanzo popolare* [El polvo de la infancia y otras inquietudes de juventud / Fragmentos de una fotonovela popular], Roma, Nutrimenti, 2015. | Nota del traductor: el título "Murmillos" está en español en el texto original, en referencia a Juan Rulfo.



Fotografía: Pawel Czerwinski